

carácter, se acerca mucho al niño. Más de medio siglo ha transcurrido, y los naturales de la India hablan de él como del más grande de los ingleses, y las madres hacen dormir á sus criaturas cantándoles una balada en que no se habla sino de los caballos y de los elefantes de *Saib Warren Hosteni.*»

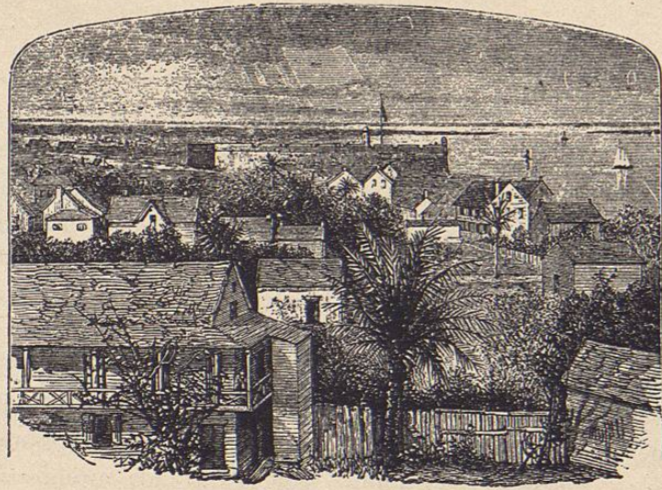
Esta es la moral inglesa, y en el transcurso de la historia del siglo XIX, hallaremos más de un Hastings que no encontró menos disculpa por parte de historiadores á quienes su genio y su ciencia parecía que habían de hacerles superiores á los mezquinos provechos de la política.

Reflexionando ahora un momento sobre la influencia que la guerra de las Indias pudo tener en la caída del antiguo régimen, se comprende sin pena que llevó también su parte. En los mares de la India, como en los mares de las Antillas, los marinos azules y los marinos rojos no podían entenderse, y lo que salvó á Suffren de la suerte de Estaing fué la distancia; de otro modo, no fueran los que, en su odio por los plebeyos ilustres, llegasen á imaginar su entrega á los enemigos de su patria, los que se retiraran, sino que fuera Suffren el destituido.

Ahora bien; esto, que era público y notorio, no

podía menos de avivar los odios de las clases populares contra una aristocracia que, porque había olvidado el arte de vencer á los enemigos de la Francia en los campos de batalla, no quería que este arte se rejuveneciera por los segundones y por la burguesía que lo sabía. De aquí que en los puertos de mar en donde los rojos y azules estaban juntos, las disputas y las riñas fueran diarias, y de aquí que el pueblo tomara partido por los azules, en quienes veía sus hijos y sus obras. El último de los grandes marinos de la Francia del antiguo régimen, fué víctima de una de estas disputas. Suffren habló como creyó en justicia de los sobrinos del príncipe de Mirepoix, que habían servido á su lado, y el príncipe pidió una reparación por las armas, á la que se obligó á Suffren, que no podía batirse á causa de su extrema obesidad, que no le dejaba libres sus movimientos; pero se batió, y el héroe y el bailio que tanto había hecho por la Orden de Malta, murió en el duelo,—8 de Diciembre de 1788,—de una estocada que el príncipe tiró á... su vientre.

Estas eran las hazañas de los nobles del antiguo régimen. Serán los advenedizos los que, cuando llegue la última hora, se harán matar á los piés del trono y por la monarquía.



Santa Agustina



## CAPITULO VIII

### CONVOCACION DE LOS NOTABLES

Cómo se forma el espíritu de oposición.—Errores económicos de Calonne.—El Déficit.—Efecto terrible que hizo su confesión en la corte y en el país.—Consecuencias.—Medidas propuestas por Calonne para extinguirlo.—Pide la convocación de los notables.—Resístese el rey y Calonne persiste.—Quiénes eran los consejeros de Calonne: Clavière, Tayllérand y Mirabeau.—Reúñense los notables.—Esperanzas del partido liberal reformista.—Carta de Lafayette á Washington.—Abrense las sesiones.—Proyectos que se presentan á su deliberación.—Oposición sistemática de los notables.—Interviene el rey.—Es desoído.—Lafayette pide que se convoquen los *Estados generales*.—Actitud del clero.—Maniobras del arzobispo de Tolosa.—Llega el conflicto al período álgido.—Calonne publica su famosa advertencia Gubier.—Indignación de los notables.—Destitución de Montlozier.—Cómo cayó Calonne.

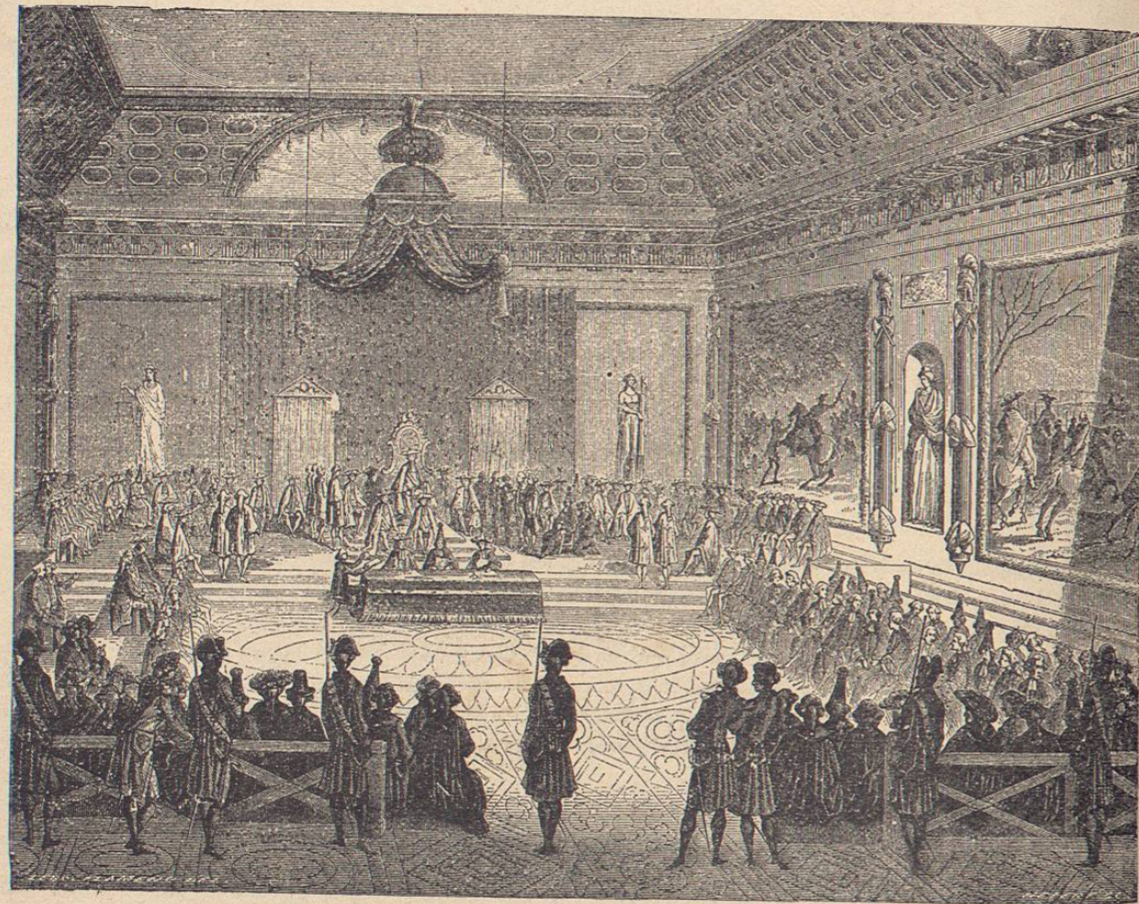
**U**ANDO tanto necesitaba la monarquía francesa de orden y reposo, para curar las llagas que los acontecimientos últimos le habían abierto, con peligro de su robusta constitución, cuando tanto le convenía una era de paz y de progreso para hacer olvidar los desastres de la guerra y apaciguar las enemistades que en el interior había producido, y lograr, con la concordia y el bienestar de todos, que se olvidaran las ligerezas de la reina, que, desde la absolución del cardenal de Rohan, se desataba á insultos, lo mismo contra los miembros del Parlamento que contra los parisienses que habían puesto de moda para las señoras unos sombreros llamados «á lo cardenal» ó «del collar», vino Calonne á confesar lo que todo el mundo tenía de sobras olvidado, pero que ahora, en boca de un ministro, tenía una significación terrible: esto es, el déficit.

Los pueblos necesitan concretar, sintetizar mucho sus ideas, para declararse en abierta oposición con

lo existente; los que no han notado esto, se asombran de que las más grandes revoluciones tengan por punto de partida orígenes tan pequeños y modestos. Lo cierto es, sin embargo, que en una fórmula breve y sencilla, al parecer, se encierra todo el programa de una revolución; programa que, las más de las veces, no ven cumplido los que lo formulan, y del que salen en su desenvolvimiento histórico multitud de principios que, por ser lógicos, se imponen, sorprendiendo terriblemente por su novedad á los más ardientes revolucionarios, que creen exageración de unos cuantos, ó desviación de la obra emprendida, la que, como hemos dicho, no era mas que una consecuencia lógica del punto de partida dado.

Hagamos justicia á los hombres del antiguo régimen. Calonne, al confesar el déficit, al confesar que se había equivocado sobre la naturaleza de los recursos de la Corona, que creía inagotables, y al indicar que no había más remedio que convocar á

los notables, hizo exclamar á todos, y lo mismo al rey: «¡Esto es una revolución!» Revolución, en efecto, no por el hecho de convocar á los notables, no por el hecho de tener que encontrarse frente á frente el rey con el país y tener que rendirle cuentas y pedirle concesiones que, naturalmente, habían de ser mútuas, sino que la revolución venía



Asamblea de los Notables

monarquía. Por esto, antes de llegar á la convocación de los notables, se escogitan mil medios para continuar trampa adelante, y estos expedientes, naturalmente, irritan, que nada exaspera tanto los ánimos como las injustas desconfianzas.

Monárquica la Francia, no comprendía como se dilataba la convocatoria de los notables, que se pedía como indispensable, por el vano orgullo de no querer confesar á la nación faltas, que se excusaban por adelantado con la juventud del rey, el carácter alegre de la reina, y las mil picardías de los príncipes, pues lo mismo el conde de Provenza que el de Artois, que los Orleans, eran antipáticos á la masa de la nación. Francia no comprendía sino la necesidad urgente de enjugar el déficit, y por esto no se detenía á examinar por donde sería necesario

porque el antiguo régimen se confesaba incapaz de continuar dirigiendo la cosa pública, porque se veía forzado á dimitir en manos de la nación. Esto eran no pocos los que lo veían, y esto era precisamente lo que desde un momento se quiso prevenir, dando ya una forma terrible al pensamiento, diciendo que había que tratar de prevenir la abdicación de la

tomar para lograrlo; en los grandes apuros, las almas rectas y bien intencionadas fían en lo que los ilustrará el desarrollo ó marcha de los sucesos. Pero en la corte no existía esta rectitud, y lo que se quería era enjugar el déficit, pero conservar el sistema que lo había creado.

Condenó, naturalmente, la nación, desde el momento que se confesó el déficit el sistema que lo había creado, y no ocultó que eran necesarias grandes y trascendentales reformas, y que la primera había de ser una separación radical y profunda entre la hacienda del rey y la hacienda de la nación. Que el rey de lo suyo hiciera lo que mejor le pareciera. Que lo gastara en comprar grandes sitios de recreo para la reina; que lo gastara en socorrer las tribulaciones de las grandes familias tronadas; que lo gas-

tara en fiestas y diversiones, en dar pensiones á sus servidores y criados, santo y bueno, pero que para nada de esto se tocara á la fortuna pública, pues ésta había de reservarse para el fomento de los intereses del común.

Esto es lo que veía claro el pueblo, y al pedir la extinción del déficit, pedía pura y sencillamente la caída del antiguo régimen. Por esto cuando se ente-

ró de las resistencias de la corte, dejándose llevar de sus antipatías, llamó á la reina *madame Deficit*, jactó la reina con sus locas fiestas de Versalles, su lujo extremado, y sus caprichos de reina, ejemplo último, su delirio por la posesión de Rambouillet, no era una de las principales fuentes del déficit? ¿Atar los caprichos de la reina, no era de urgente necesidad para remediar la fortuna pública?



WARREN HASTINGS

Claros y terminantes eran los términos del problema, y el pueblo convencido del mal, no podía sufrir, como buen médico que era, dilaciones en la aplicación del remedio. Ahora bien, estas dilaciones ocurrieron y el mal se exacerbó, se envenenó y se hizo incurable sin una emputación, y esta emputación se resistió por tanto tiempo que al fin y al cabo vino la muerte, cuando salvo unos pocos, muy pocos, todo el mundo estaba interesado en conservar la vida del enfermo.

Tenía todavía la situación para su defensa, excusa en la gran parte que tenía en el déficit el anterior reinado. Habíanse amontonado grandes sumas de valores por anticipaciones ó rescriciones como entonces se decía, que, á su vencimiento, suspendió lisa y llanamente su pago el abate Terray, medida violenta é injusta que sus sucesores tuvieron que

corregir cuando los recursos iban faltando, resultando de aquí composiciones y compensaciones ruinosas para la Hacienda, tanto más cuanto que sólo pudo desinteresarse á unos pocos, pues las exigencias crecían á cada arreglo. Por este concepto, según confesó Calonne, venía un alcance de treinta millones. Calonne que precisamente necesitaba recurrir al mismo sistema de anticipaciones para proporcionar recursos, enjugó en 1785, por tres millones de esta cuenta atrasada, pero para 1786 quedaban, salvo error ú omisión, veintiseis millones.

Dice también Calonne que la guerra de América había dejado á saldar nada menos que 219.794.000 libras, que con varios empréstitos procuró enjugar la cuenta, y que por esto pidió al Parlamento en el año anterior los ochenta millones que con tanta energía se le disputaron. Luégo Francia cargó con